TRACE. Procesos mexicanos y centroamericanos, vol. 33, 1998, pp. 9-19.

Guerrero: Modelo para armar.

Bartra, Armando.

Cita:

Bartra, Armando (1998). *Guerrero: Modelo para armar. TRACE. Procesos mexicanos y centroamericanos, 33, 9-19.*

Dirección estable: https://www.aacademica.org/armando.bartra/28

ARK: https://n2t.net/ark:/13683/pCd2/qqb

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto*. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: https://www.aacademica.org*.

Guerrero: modelo para armar

Armando Bartra*

Caudillismo y organización

A usted ni quién le quite lo hombre,
don Fulgor. Se que usted las puede.
Y no por el poder que tiene atrás,
sino por usted mismo.
Juan Rulfo. *Pedro Páramo.*

Cuna de connotados independentistas; hombres bragados que combinan la vocación patriótica con el más furibundo y patrimonialista caudillismo, el estado de Guerrero nace como entidad federativa en 1849, a resultas del fugaz apalabramiento de Juan Álvarez y Nicolás Bravo, adalides insurgentes de matriz terrateniente que hicieron del ámbito sureño el escenario de sus enconados pleitos por el poder. Desde entonces los prohombres del sur pasan de patrones de hacienda a patriarcas de extensos territorios, al tiempo que extienden su dominio de la esfera económica a la militar y la política. Y desde entonces, también, los "apoderados de los pueblos del sur" configuran cacicazgos regionales que pugnan por el mando de la entidad, convirtiendo a la gubernatura y los cabildos en disputado botín patrimonial.[1]

En la segunda década de este siglo, el zapatismo arraiga en Guerrero aireando el enrarecido ambiente social de la región. Pero, a fin de cuentas, el saldo revolucionario es favorable para los "patrones lugareños"; un caudillismo oportunista formado por caciques locales, como los Figueroa de Huitzuco cuyo apotegma "Guerrero para los guerrerenses", es bandera del regionalismo reaccionario y conservador. Sin el temple y los tamaños del caudillaje independentista —que hizo fortuna, pero nos dio Patria— los caciquillos de la Revolución no llevan la justicia social a la entidad sureña, pero sí aprovechan el abatimiento circunstancial del centro para imponer su ley. Los gobiernos federales de la posrevolución, como antes Porfirio Díaz, tratarán una y otra vez de someter a los levantiscos déspotas locales, haciendo de la entidad escenario perpetuo de rebatingas por el mando.[2]

Ámbito de caciques conservadores, el estado sureño es también tierra de líderes populares: Jesús H. Salgado, paladín de los campesinos durante la Revolución; los hermanos Escudero, impulsores de gremios y regeneradores de municipios en los veinte; dirigentes agraristas, como Feliciano Radilla, en los treinta; personajes cívicos de talla maderista, como Suárez Téllez en los últimos cincuenta y en los sesenta, y a fines de esa década y en los tórridos setenta, nuevos guerrilleros sureños forjados entre los pupitres y el pizarrón, como Genaro Vázquez y Lucio Cabañas. Todos entrañables héroes plebeyos cuyos minuciosos corridos hacen memorable la historia regional y abonan la autoestima de los guerrerenses de a pie.

Pero la contraparte del caciquismo conservador no es sólo el liderazgo progresista; el Guerrero del

* Director del Instituto de Estudios para el Desarrollo Rural Maya AC.

siglo XX es cuna también de una amplia gama de organizaciones gremiales y políticas de ánimo contestatario y raíz popular. Contra lo que sugiere su proverbial atraso político, la entidad sureña no es territorio de caudillos preclaros y movimientos invertebrados, sino ámbito de extensos y templados protagonistas colectivos que casi siempre trascienden el ocasional carisma de su dirigencia.

En este siglo pocos estados de la República pueden alardear de mayor tradición partidista que Guerrero. En los primeros veinte, sobre las brasas de la reciente hoguera revolucionaria, se forja el Partido Socialista de Acapulco (PSA), con sucursales en casi todos los municipios de la costa; a fines de la década, el cardenismo anticipado del gobernador Adrián Castrejón propicia el nacimiento del Partido Socialista de Guerrero (PSG), cuyo discurso contestatario retoman, en los cuarenta y cincuenta, el Partido Comunista Mexicano (PCM) y su escisión, el Partido Obrero Comunista Mexicano (POCM), ambos con fuerte presencia en el estado; en los sesenta, la Asociación Cívica Guerrerense (ACG) y el Consejo de Autodefensa del Pueblo encabezan a las mayorías ciudadanas en el derrocamiento del atrabiliario gobernador Caballero Aburto, y se presume que ganan las elecciones de 1962, osadía que pagan con sangre. De la oposición cívica perseguida y acorralada nacen agrupaciones políticas guerrilleras como la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR), proveniente de la ACG, y el Partido de los Pobres (PP), garante político de la Brigada Campesina de Ajusticiamiento que liderea Lucio Cabañas. Finalmente, en 1988, el brazo guerrerense del Frente Democrático Nacional, parece haber conseguido la mayoría para Cuauhtémoc Cárdenas, candidato a la presidencia de la República; y al año siguiente el neonato Partido de la Revolución Democrática (PRD) debuta con una potente ofensiva electoral que deviene batalla cívica por la emancipación de las alcaldías.

Al civilismo apaleado pero terco de los guerrerenses, se suma una larga experiencia de movimientos reivindicativos y organizaciones sociales.

En los veinte, los núcleos de solicitantes agrarios y algunos sindicatos, como el de los alijadores y el de los textileros, están integrados al PSA y sus semejantes costeños. Al final de la década y en los treinta, la organización política y la gremial se bifurcan y a la sombra del PSG se forma, en 1929, la Liga de Resistencia Obrero Campesina de Guerrero, que en 1933 renuncia a su condición biclasista y se trasforma en Liga de Comunidades Agrarias. En los cuarenta destaca la presencia del sindicalismo magisterial, de militancia comunista, y los salineros, entre otros, se organizan en cooperativas. En la década siguiente los campesinos costeños desarrollan experiencias innovadoras: en 1951, a raíz de una huelga de pago de impuestos, los pequeños productores de coco crean una Unión Regional de Productores de Copra, que pronto emprende una lucha inédita contra los acaparadores y pone en pie aparatos económicos asociativos orientados a librar del yugo de la intermediación a los campesinos. La Unión Mercantil de Productores de Coco y sus Derivados SA de CV es, al comienzo, una empresa exitosa, y el Congreso Nacional Agrario realizado en Toluca en 1958 la erige en paradigma nacional de la organización autónoma de los pequeños productores. Ese mismo año siguen sus pasos los cafeticultores costeños al conformar la Unión Regional de Productores de Café del Suroeste y de la Unión Mercantil de Productores de Café de Atoyac.

La paulatina corporativización priista de organizaciones, que de arranque fueron independientes, deriva en una feroz trifulca por el mando y da al traste con los proyectos asociativos de copreros y cafetaleros, pero en los sesenta reaparece la organización gremial de estos sectores como parte del gran frente social que promueve la ACG. Forman filas en el Comité de Autodefensa del Pueblo, una Unión Libre de Asociaciones Copreras y una Asociación de Cafeticultores Independientes, así como la Liga Agraria Revolucionaria del Sur, Emiliano Zapata lidereada por el cenecista radicalizado Suárez Téllez, entre otros. Por esos mismos años, la Central Campesina Independiente (CCI) y después la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC) tienen una presencia importante, sobre todo entre los pequeños productores de las dos costas. Durante los setenta, la militarización del estado, las campañas de cerco y aniquilamiento contra la guerrilla y la represión a la más mínima muestra de rebeldía ciudadana, cancelan toda posibilidad de organización opositora; de todos modos, a fines de la década, sobre los escombros de la guerra sucia, renace la organización gremial. Sus vericuetos serán materia de los próximos apartados.[3]

En perspectiva histórica, el epicentro de perturbadores sismos sociales, el "estado problema", el "cabuz del desarrollo", aparece como escenario privilegiado de la organización y la lucha popular. En este siglo, los guerrerenses han desarrollado experiencias cívicas y sociales de excepción; la entidad donde sobreviven las formas estatales mas primitivas es también ámbito de una ingeniosa y creativa socie-

dad civil. Guerrero ha sido y es adelantado de la organización campesina y laboratorio de civilidad.

Mazorca y chicote

Un rencor vivo.
Juan Rulfo. *Pedro Páramo*

Guerrero es un estado rural y, pese a que los servicios ligados al turismo son los que más aportan a su producto interno bruto, la mayor parte de la población sigue arrimada a la agricultura. De ahí que los campesinos hayan sido actores principales de la historia social guerrerense, y aunque algunos analistas creen descubrir un cambio de protagonistas en la participación de estudiantes y otros contingentes urbanos durante las luchas cívicas de los sesenta, lo cierto es que en las décadas siguientes los trabajadores del campo conservan su condición protagónica: primero como sustento de la guerra social de Lucio y Genaro; después como principales animadores de la oleada de organización popular pacífica que arranca a fines de los setenta y culmina en los ochenta.

Por su membresía formal, la CNC es la mayor organización campesina del estado. Pero atendiendo a su movilidad contestataria y a su capacidad de propuesta, negociación y gestión, son las organizaciones independientes o autónomas las que han desarrollado experiencias más innovadoras y relevantes.

En la inmediata posrevolución, el motor de la organización gremial campesina fue el agrarismo —*sui generis* en la mayor parte de Guerrero, donde la demanda mayor no era acceder a la tierra sino cancelar rentas y aparcerías—, sustituido en los cincuenta por estrategias sectoriales de autonomía económica como las de los copreros y los cafetaleros. En la década siguiente, junto con las organizaciones gremiales cobran fuerza, tanto en el campo como en las ciudades, los agrupamientos cívicos, mientras que de fines de los sesenta a mediados de los setenta la guerrilla y la militarización de buena parte del estado impiden casi por completo la acción colectiva pacífica.

La fase más reciente de la organización campesina de Guerrero se inicia en la segunda mitad de los setenta, cuando la alevosa guerra contra los presuntos simpatizantes de Lucio y Genaro comienza a remitir. En el país soplan entonces vientos neozapatistas y la lucha por la tierra está en pleno auge. No así en esta entidad, donde el latifundio no es el problema principal.

En Guerrero las mayores tensiones agrarias provienen de los tarascazos turísticos a tierras ejidales. Paradigma de este tipo de conflictos es el que enfrenta a los ejidatarios de El Podrido con la Coordinadora Agraria del estado que pretende despojarlos de su zona costera. Y todo porque el Club Meditérranée no quiere invertir en un ejido malsonante sino en el selecto "desarrollo" turístico de Punta Diamante. Sí claro, las tierras son las mismas, pero es que eso de El Podrido se oye tan mal...

Así, con una lucha agraria de bajo perfil, en Guerrero el eco de la emergencia campesina nacional de los setenta resuena tarde y proviene casi exclusivamente de movimientos de productores incorporados en organizaciones económicas.

Milpas paraestatales

Díle a doña Inés que
le pagaremos en las cosechas
todo lo que le debemos.
Juan Rulfo. *Pedro Páramo*

Si bien la lucha por la tierra es consustancial al movimiento campesino mexicano y su legitimidad —de orden histórico— se remonta a la resistencia ancestral de las comunidades agrarias indígenas, y a los derechos conquistados en la Revolución, el combate en la esfera de lo productivo no es tan entrañable y tiene antecedentes mas cercanos: los ejidos de vocación comercial surgidos del reparto cardenista de tierras de buena calidad.

El estruendoso reclamo agrario de los setenta es, pues, un movimiento de raíces profundas y origen espontáneo que en sus momentos más altos doblega al gobierno; en cambio las ulteriores reivindicaciones agrícolas, de algún modo inducidas, cobran fuerza en la medida en que las políticas públicas generan espectativas. En otras palabras: mientras que la presión campesina le impone un cierto reparto agrario al régimen de Echeverría, es la política de

desarrollo rural de este gobierno la que define los cauces y reglas de la lucha económica de los pequeños productores.

En respuesta a la caída de las cosechas de granos básicos en los primeros setenta, Echeverría diseña un proyecto de fomento a la producción ejidal, cuyo supuesto básico es que la alimentación de los mexicanos puede sustentarse en las cosechas del sector social de la agricultura, siempre y cuando éste esté debidamente respaldado por el Estado. Dado que el sesgo antiagrícola de nuestra economía ha saqueado de antiguo a la agricultura campesina, es necesario impulsar un proceso de acumulación rural inducido y controlado por las instituciones públicas; un mecanismo de capitalización fincado no tanto en los precios de las cosechas —cuya elevación excesiva encarecería la fuerza de trabajo urbana e industrial— como en subsidios a los costos. Sin embargo, en opinión de los funcionarios del sector, las respuestas de la pequeña producción campesina a las señales económicas son perversas e impredecibles; entonces el único modo de subordinar la acumulación rural a las supuestas prioridades de la economía toda es sometiendo la franja social de la agricultura a los dictados de la burocracia gobernante. Así, la incomprensión de la racionalidad económica doméstica y la radical desconfianza de los hombres de escritorio en los hombres del campo, desembocan en una política de fomento agropecuario de despiadado paternalismo, inspirada en un modelo de desarrollo rural que concibe a la producción ejidal como una suerte de sector paraestatal de la agricultura.

De 1970 a 1976 la inversión pública en fomento agropecuario se incrementa a una tasa promedio del 49% anual, mientras que el crédito rural crece a una media del 27%, y a partir de 1973 también los precios de garantía del maíz, del frijol, del trigo y de la soya, estancados por casi una década, se incrementan sustancialmente. En el mismo lapso se fortalecen y multiplican las paraestatales que operan en el campo: nace Banrural, por la fusión de los dos bancos de desarrollo anteriores; Conasupo amplía considerablemente su radio de acción; se fortalece Inmecafé y, a su imagen y semejanza, se crean Tabamex, Proquivemex, entre otras.[4]

Pero, para que los campesinos puedan aprovechar los nuevos recursos, es necesario que estén debidamente vertebrados y, dada la supuesta inercia conservadora de los hombres del campo, la burocracia agraria echeverrista asume también la responsabilidad de su organización. Colectivización es la voz de orden del sexenio, y el Plan Maestro de Organización y Capacitación Campesina se propone colectivizar entre 1974 y 1976 nada menos que 11 000 ejidos, cerca de la mitad de todos los existentes. Naturalmente la asociación forzosa es un fiasco y a principios de los ochenta el saldo son poco más de 600 ejidos los que se encuentran trabajando conjuntamente la tierra, mientras que otros 4 000 aparecen como colectivizados en el papel. La segunda fórmula mágica consiste en articular ejidos y comunidades en uniones de segundo o tercer nivel que, al operar en mayor escala, puedan impulsar verdaderos programas de desarrollo regional o sectorial. Así, durante todos los setenta se multiplican las uniones de ejidos y las asociaciones rurales de interés colectivo, pero las más son simples membretes sin real sustancia asociativa.

El trabajo colectivo y la unión de comunidades agrarias tienen indudables virtudes intrínsecas; sin embargo, en su histórica obsesión por organizar a la "sociedad civil" el Estado mexicano nunca ha optado por el convencimiento, sino por el chantaje y la coerción. En los setenta, la principal palanca para inducir la colectivización y la asociación de ejidos es la Ley General de Crédito la que fue reformada en 1976 con el fin de apoyar el financiamiento a los proyectos colectivos y otorgar a las uniones de ejidos amplias facultades en las esferas tanto de la producción como de la comercialización. De ese modo, los campesinos que quieran acceder al financiamiento de Banrural —como a otros programas de fomento— deben ceñirse a las fórmulas organizativas predilectas de la burocracia agraria.

El cambio de sexenio no modifica, de arranque, la política agrícola ni las líneas de organización rural, y si bien al final de los setenta el gobierno de López Portillo promulga la Ley de Fomento Agropecuario, que alienta las "unidades de producción" sustentadas en el amasiato de ejidatarios y empresarios, hasta principios de los ochenta el modelo asociativo consentido del Estado sigue siendo la unión de ejidos. La única diferencia es que durante el régimen de Echeverría las correas de transmisión de las políticas públicas rurales son la Secretaría de Reforma Agraria y la paraestatal CNC, mientras que las palancas agropecuarias del gobierno de López Portillo están en la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, y en Banrural.

Uniones por consigna

Él tenía otro oficio: el de provocador.
Era provocador de sueños.
Juan Rulfo. *Pedro Páramo*

En Guerrero, el reformismo agrario de Echeverría se topa con la guerra civil y al principio, su prioridad es erradicar a los rebeldes armados a cómo de lugar. Sin embargo, en contraste con la política de Díaz Ordaz, el nuevo gobierno federal combina las campañas militares de cerco y aniquilamiento con el diseño y ejecución de proyectos de fomento rural. En 1972 se da a conocer un Plan de Desarrollo Integral del Estado de Guerrero que incluye programas de riego, electrificación, crédito, caminos, agua potable, etc. En la Costa Grande se intensifica la presencia de Inmecafé y en 1972 se crean la Impulsora Guerrerense del Cocotero y la forestal Vicente Guerrero; en los años siguientes la acción de estas paraestatales modifica sensiblemente el entramado productivo y social de importantes cultivos comerciales, como el café y la copra, así como el de la explotación silvícola.

Pero las agencias del Estado necesitan contrapartes sociales, las que, si bien al comienzo son rudimentarios grupos de trabajo, a fines de la década tienden a transformarse en uniones de ejidos.

Rubén Figueroa Figueroa —*El Tigre de Huitzuco*—, heredero del cacicazgo regional del norte del estado que gobernará intermitentemente la entidad en los turbulentos años de la Revolución, es un político mañoso y golpeador que toma posesión del gobierno de Guerrero sobre el cadáver de Lucio Cabañas y pisando la tumba política de Nogueda Otero, su predecesor defenestrado a última hora.

Figueroa se impone a sangre y fuego sobre todas las otras fuerzas regionales de la entidad, y recurre al terror para mantener en orden a los guerrerenses; lo que no le impide esgrimir también la política "desarrollista" de Echeverría. Como dice Lucio Cabañas, en una reunión de la sierra, celebrada el 23 de mayo de 1974:

> Al mismo tiempo que ha aplicado un castigo, una represión al pueblo de Guerrero [...], al mismo tiempo trata de aplicar [...] una política [...] reformista; manda Luis Echeverría a hacer curaciones, regalar frijolitos, hacer carreteritas, dar dinerito, a ofrecer vaquitas, a ofrecer conejos, para contentar a la gente. Y promete muchas cosas: libertad de voto, libertad de expresión y muchas cosas de esas [..., y] va a poner a uno de los suyos, a Rubén Figueroa [... quien] ya viene repartiendo tierritas, peleándose con ciertos ricos, viene hablando bien de Genaro y viene pidiendo entrevista conmigo en lo personal ...[5].

En años de Figueroa, cientos de sospechosos de simpatizar con la guerrilla son secuestrados, torturados, asesinados y lanzados al mar. Pero, al mismo tiempo, Inmecafé se transforma en el principal comprador del grano aromático, desplazando a los acaparadores caciquiles y despertando espectativas en los pequeños productores costeños; la Impulsora Guerrerense del Cocotero establece cinco centros receptores y 10 fábricas procesadoras que le permiten acopiar y transformar la mayor parte de la producción guerrerense de copra, restaurando de paso la organización campesina, así sea con un perfil oficialista y sumiso; la Forestal Vicente Guerrero, creada para absorber a las cuatro compañías madereras que explotan los bosques de la sierra, pronto rebaja sus miras y coexiste con ellas, pero su trato a las comunidades es menos tosco que el de los privados, y favorece la organización de los pueblos silvícolas.

El Tigre de Huitzuco combina chicote y mazorca: encarcela a los opositores pero expide una Ley de Amnistía por la que algunos guerrilleros presos salen de la cárcel; manda matar a los indoblegables y emplea en el gobierno a los arrepentidos. En el campo, Figueroa estorba la formación de agrupamientos independientes, pero aplica la línea federal en lo tocante a la organización. El modelo colectivo es para zonas de riego, o de muy buen potencial, y la pobreza agropecuaria del estado le permite escapar de la colectivización forzosa, no así de la proliferación de uniones de ejidos, confeccionadas en serie por los funcionarios públicos federales. Los campesinos se dejan "organizar" sin meter las manos a favor o en contra; el resultado son uniones sin proyecto ni militancia, registradas al vapor por la SRA.

Figueroa gobierna Guerrero de 1975 a 1981; las uniones de ejidos y otras organizaciones campesinas paraestatales se forman al final de su sexenio, y en los primeros años del siguiente.

En la Costa Grande, ámbito de intensa tradición organizativa donde los copreros, cafetaleros y comunidades silvícolas habían participado tanto en agrupamientos gremiales como políticos, impulsando movimientos pacíficos pero también alzamientos armados, se constituye por iniciativa cenecista la

Unión de Ejidos Agropecuarios Alfredo V. Bonfil, registrada en 1979 con la formal anuencia de 18 comunidades agrarias. El agrupamiento cosecha la labor organizativa de Inmecafé y trata de representar a los huerteros ubicados en las faldas de la sierra.[6] Los que tienen palmas en las llanuras costeras son la contraparte social de la Impulsora Guerrerense del Cocotero, por lo que forman la Empresa Rural Copreros de Guerrero, constituida a fines de los setenta.[7]

En la Costa Chica, tierra de Genaro Vázquez, nace la Unión Regional de Ejidos de Producción y Comercialización Agropecuaria que opera en cinco municipios de la zona colindante con el estado de Oaxaca. La unión, registrada en 1981, resulta de la promoción del Instituto Nacional Indigenista que opera un sistema regional de acopio y venta de miel.

Cuna del gobernador, la zona norte del estado dispone de algunas tierras de riego y de otras de buen temporal donde proliferan las organizaciones de segundo nivel. En 1978 se constituye la Unión de Ejidos Valerio Trujano, que agrupa a productores de maíz, cacahuate y ajonjolí de los municipios de Huitzuco, Tepecoacuilco, Atenango e Iguala. A fines de la década de los setenta y principios de los ochenta aparecen, también, la Unión de Ejidos Adrián Castrejón, asentada en Teloloapan; la Unión de Ejidos Encarnación Díaz, de Atenango del Río; la Unión de Ejidos Emiliano Zapata, que aglutina a productores de maíz y cacahuate de 10 comunidades agrarias en los municipios de Cocula y Tepecuacuilco, y la Unión de Ejidos 24 de Abril.

En Tierra Caliente, algunas uniones se forman por decreto, pero otras resultan de intensas luchas campesinas. Tal es el caso de los pequeños agricultores, desplazados de la zona de riego, que cultivan maíz, ajonjolí y sorgo en tierras temporaleras. Movilizados desde principios de los setenta, para 1977 los campesinos de la región emprenden una fuerte lucha por los precios del ajonjolí, desafiando a los robustos acaparadores de una oleaginosa de la que entonces Guerrero era el principal abastecedor. Marchas, plantones, toma de oficinas de Banrural y otras formas de presión foguean a los campesinos que, a principios de los ochenta, conforman la Unión de Ejidos Vicente Guerrero, establecida en Ciudad Altamirano y que agrupa a productores de ajonjolí, maíz y barbasco, de más de 12 ejidos ubicados en los municipios de Pungarabato, Ajuchitlán del Progreso y Coyuca de Catalán. En la misma región se establece la Unión de Ejidos Benito Juárez, con productores de maíz, ajonjolí, sorgo, arroz y melón del municipio de Cutzamala; la Unión de Ejidos Valle Escondido que opera en Arcelia y Ajuchitlán; la Unión de Ejidos de Zirándaro que agrupa a productores de maíz y ajonjolí, y la Unión de Ejidos de Tlapehuala.

En la deprimida zona de La Montaña, que concentra a la mayor parte de la población indígena de la entidad, tiene notable influencia la CIOAC, animadora de una organización de jornaleros con alrededor de 10 000 participantes. Pero La Montaña expulsa a sus hijos precisamente por falta de opciones productivas y hay pocos cultivos en que sustentar organizaciones económicas de segundo nivel. Con todo, a principios de los ochenta, se establece la Unión de Ejidos Vicente Guerrero de Tlapa que agrupa a productores de maíz, recolectores de palma y artesanos.

Salvo los ajonjolineros de Tierra Caliente, las organizaciones campesinas surgidas durante el gobierno de Figueroa resultan de iniciativas burocráticas, quizá porque la militarización de extensas regiones rurales inhibe la lucha de los labriegos. En cambio, el sexenio es pródigo en movilizaciones de otros sectores.

De 1979 a 1981 los maestros de la Sección XIV del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) protagonizan intensos combates por los salarios, con lo que ponen en crisis a uno de los agrupamientos más poderos del corporativismo mexicano. El movimiento se enfrenta al gobernador y desemboca en la formación del primer Consejo Central de Lucha Magisterial del país.

El movimiento universitario guerrerense arranca con la fundación de la máxima casa de estudios en los años sesenta. La Federación Estudiantil Universitaria, y posteriormente los sindicatos, luchan por el proyecto académico, pero se involucran también en movimientos populares. Desde 1972, y durante todo el periodo gubernamental de Figueroa, las corrientes de izquierda dominan en el Consejo Universitario y controlan la Rectoría, encaminando a la máxima casa de estudios hacia un proyecto de vinculación con las comunidades urbanas y rurales, al que llaman Universidad-Pueblo.

Otro movimiento importante en el sexenio es el de los colonos del puerto. Con antecedentes combativos desde los cuarenta, los vecinos organizados en el Consejo General de Colonias Populares de Acapulco se enfrentan a la pretensión de abrir paso a nuevos "desarrollos turísticos" que planean desalojar a los humildes pobladores del Anfiteatro. Marchas, mítines y tomas de oficinas públicas, no

pueden, sin embargo, impedir que una parte de los vecinos de la ladera sea reubicada en Ciudad Renacimiento.

Hay también luchas obreras, como la que emprende la Sección 17 del Sindicato de Trabajadores Minero Metalúrgicos de la República Mexicana, en demanda de mayores salarios y mejores condiciones de trabajo, y contra el liderazgo charro de Napoleón Gómez Sada. Por su parte los choferes de Líneas Unidas del Sur (Flecha Roja), que luchan por mantener el pago de la comisión, se enfrentan a represión y despidos generalizados. No en balde Rubén Figueroa era el zar del autotransporte público.[8]

Aquellos buenos tiempos de populismo y concertación

Hasta ahora pronto que comencé a
llenarme de sueños, a
darle vuelo a las ilusiones.
Y de este modo se me fue formando
un mundo alrededor de la esperanza.
Juan Rulfo. *Pedro Páramo*

El peculiar traslape de las elecciones guerrerenses y las federales, propicia que, durante la mayor parte del sexenio desregulador y privatizante de Miguel de la Madrid, Cervantes Delgado, un promotor del intervencionismo estatal, ocupe el ejecutivo de Guerrero.

Populista extemporáneo, este político impulsa un Plan de Desarrollo Socioeconómico para el Estado de Guerrero —luego Plan Guerrero—, por el que la paz impuesta y persecutoria de Figueroa deviene participación social y "concertación". El presupuesto es la medida de la capacidad negociadora del Estado, y en la primera mitad del sexenio, la federación, a través del Convenio Único de Desarrollo, financia con cierta holgura el Plan Guerrero, permitiéndole al gobernador impulsar un Sistema Estatal de Planeación Democrática que recoge demandas de las organizaciones sociales.

A partir de 1985 los recortes nacionales al gasto público repercuten en una reducción a la mitad de la asignación federal, que por esos años representa unas tres cuartas partes del presupuesto de la entidad. El resultado es un desplome de más del cuarenta por ciento en el gasto público estatal, que constriñe drásticamente los alcances del Plan Guerrero.

Sin liquidez, la "concertación" languidece. Pero la merma en la capacidad de negociación del gobierno no inhibe el intenso trajín social, alentado por la apertura democrática. Así, el sexenio de Cervantes Delgado se caracteriza por el estatismo: creación de 28 nuevas empresas paraestatales y expansión de más de 60% de la burocracia; pero también por el fortalecimiento de la organización popular: saldo del Programa Único de Organización y Capacitación, es decir, 24 Uniones de Ejidos, 118 Asociaciones Agrícolas Locales, 211 Unidades Agropecuarias de Impulso a la Mujer y 37 Sociedades Cooperativas.

Los balances estadísticos de la acción gubernamental son engañosos; pero lo cierto es que más allá de la multiplicación de los membretes, de 1981 a 1987 se fortalecen en Guerrero las organizaciones de base, pues, lo que en lógica burocrática es un intento de remontar la guerra sucia de los setenta y legitimar al gobierno, en perspectiva social resulta una favorable coyuntura de participación.

Refundación democrática

No vayas a pedirle nada.
Exígele lo nuestro.
Juan Rulfo. *Pedro Páramo*

Excepcional es el impulso que reciben los agrupamientos rurales autónomos, alentados por un movimiento campesino que —dejando atrás el temor a la represión— retoma la rica tradición guerrerense de organización gremial. Algunos protagonistas del auge de lucha popular de los ochenta son nuevos, pero también se incorporan muchas de las uniones de ejidos fabricadas en serie en tiempos de Figueroa, que ya sin el cacique encima se revitalizan, pasando de cascarones inertes a núcleos combativos. Y no sólo son luchones, también autogestionarios, pues durante los ochenta, al tiempo que se despliega un fuerte movimiento reivindicativo que reclama al Estado la solución de sus problemas, va cobrando fuerza el concepto de "corresponsabilidad" y van madurando los proyectos productivos de carácter social.

La Costa Grande, escenario de la cruenta guerra sucia contra el Partido de los Pobres, es ejemplo privilegiado de cómo, al término del gobierno de Figueroa, remiten los temores y se reanima la lucha gremial independiente. La refundación democrática

de la Unión de Ejidos Agropecuarios Alfredo V. Bonfil, trasforma el membrete registrado en 1979 en la organización cafetalera más representativa del estado, que para 1983 agrupa a productores de 45 ejidos, principalmente de Atoyac, Técpan y Coyuca, en la Costa Grande, pero también de Malinaltepec y San Luis Acatlán, en la Costa Chica. El crecimiento orgánico es a la vez palanca y resultado de amplias movilizaciones por el precio del grano aromático y por el pago de los adeudos de Inmecafé a los productores.[9]

La calentura organizativa se extiende, y en la primera mitad de los ochenta aparecen la Sociedad Cooperativa La Pintada, que opera con cafetaleros de Paraíso, en Atoyac, la de Tepetixtla, en Coyuca, y también grupos caciquiles de repuesto como la Sociedad Semicolectiva de Crédito Ejidal, de Paraíso, y la Sociedad de Crédito de San Vicente, ambas sustentadas en el control de los permisos de exportación.

Pero la Bonfil no es sólo una organización de cafetaleros; desde 1983 incorpora a los consumidores agrupados en el Consejo Comunitario de Abasto que supervisa la operación del sistema regional de Distribuidora Conasupo SA (Diconsa). Al mismo tiempo comienzan a formarse grupos de maiceros, a semejanza de los grupos de trabajo colectivo cafetaleros, y en 1985 impulsan un Banco de Maíz, destinado a racionalizar el acopio y el basto del grano. Poco después se integran grupos femeninos en torno a las unidades agrícolas industriales de la mujer.

Si bien la combativa organización cafetalera de los ochenta proviene del renacimiento democrático de una unión de ejidos preexistente, la convergencia de las comunidades silvícolas de la Costa Grande arranca con movilizaciones. En 1980 los ejidos de Las Compuertas, Bajos de Balsamar, El Balcón y Cordón Grande se agrupan para demandar mayor precio de la madera y cumplimiento de las promesas de la paraestatal Forestal Vicente Guerrero. Para 1985 el movimiento se ha extendido a El Molote; Toro Muerto; Puerto del Gallo; Vallecitos de Zaragoza; Pitos, Pitales y Letrados; y Corrales del Río Chiquito, entre otros pueblos. Se funda entonces la Coordinadora de Ejidos Forestales de la Costa Grande de Guerrero que agrupa a 14 comunidades silvícolas. La lucha es, principalmente, por el control de los fondos comunales generados por la madera, por que los permisos de corte se expidan con oportunidad y contra el alto costo de los servicios técnicos. En 1988 la Coordinadora se transforma en Unión de Ejidos de Producción Forestal y Agropecuaria General Hermenegildo Galeana.

También los plataneros de la Costa Grande comienzan a organizarse desde mediados de la década a partir de los de Tenexpa. En cambio, el importante sector de los productores de copra es incapaz de reanimar la Empresa Rural Copreros de Guerrero, constituida en tiempos de Figueroa.

La Unión Regional de Ejidos de Producción y Comercialización Agropecuaria de la Costa Chica, nace por iniciativa del INI a partir del acopio y venta de miel operados por el instituto, pero a partir de 1981 es resucitada por las bases, y en los años siguientes extiende su acción al ámbito del consumo popular —a través del Consejo Comunitario de Abasto de Ometepec— y de la producción y comercialización de granos básicos, por medio de un Banco de Maíz. A mediados de la década, la unión agrupa alrededor de 25 ejidos en los municipios de Ometepec, Azoyú, Cuajinicuilapa, Igualapa y Xochistlahuaca.

Como en el caso de los cafetaleros, copreros y silvicultores, la organización de los productores de flor de Jamaica de la Costa Chica comienza a despuntar con la intervención de las agencias económicas del Estado, que a principios de los setenta remueven el añoso sistema de acaparamiento y subordinación social. Aquí la ruptura corre por cuenta de Banrural, que desde 1975 se presenta como alternativa para los tradicionales créditos usurarios garantizados por la cosecha. Como siempre la institución gubernamental pasa de salvadora a victimaria, cuando comienza a regatear sus préstamos, argumentando la inestabilidad de los precios pero también que se trata de un cultivo asociado maíz-jamaica, y el banco puede habilitar uno u otro producto pero no ambos, ni entreverados. La movilización por el financiamiento encuentra una salida estatal en el Crédito a la Palabra, que desde 1981 ejerce el gobierno de Cervantes Delgado, cuyos promotores de desarrollo rural inducen también la organización de los productores. Así, en 1983 se funda la Unión de Ejidos Plan de Ayutla, que representa alrededor de 2 000 jamaiqueros de la región, y que tiene poca vida interna, quizá porque su fundación resulta de iniciativas verticales y burocráticas. Otro es el caso de los Campesinos Jamaiqueros Organizados, agrupamiento autónomo de productores de Tecuanapa y Juan R. Escudero, los que desde 1980 se movilizan por cuenta propia y crean la Unión de Pueblos de Costa Chica. En 1985 esta organización se registra como Unión de Ejidos Pueblos

de Costa Chica y comienza a operar créditos estatales para el acopio, y comercialización de la flor.

En la zona norte del estado, las fantasmales organizaciones fundadas en los setenta se reaniman en la década siguiente y, con la iniciativa de la Unión de Ejidos Emiliano Zapata, conforman una Coordinadora Campesina, a la que se incorporan, además de los promotores, la Unión de Ejidos Valerio Trujano, la Unión de Ejidos Adrián Castrejón y la Unión de Ejidos Encarnación Díaz. El alma de la Coordinadora son los productores de cacahuate, quienes, como los cafetaleros, maiceros y jamaiqueros, buscan mejores opciones de comercialización. Los campesinos movilizados de la zona norte se vinculan con la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA), convergencia de organizaciones de una docena de estados de la República animadas principalmente por la demanda de tierra.

El ajonjolí es para las organizaciones campesinas calentanas, lo que el cacahuate para las de la zona sur. En los ochenta la Unión de Ejidos Vicente Guerrero, y otras, se movilizan conjuntamente en pos de mejores condiciones de mercadeo para ese producto. Convergencia de corta duración, pues los precios se mantienen bajos y a partir de 1987 se generaliza la sustitución del cultivo de la oleaginosa por el del maíz.

En La Montaña, la Unión de Ejidos Vicente Guerrero tiene cierta presencia en Tlapa durante los primeros ochenta, reforzada por la operación del Consejo Comunitario de Abasto, de gran importancia en una región como ésa de mercadeo extenuante y costoso. Por su parte, cerca de 1 000 productores de café de nueve comunidades de Malinaltepec y los altos de San Luis Acatlán, inicialmente incorporados a la Unión de Ejidos Alfredo V. Bonfil, con sede en el distante Atoyac, deciden darse una organización propia de carácter local, y en 1985, constituyen la Unión de Ejidos Luz de la Montaña, que se ocupa de los problemas de mercadeo de las muy pequeñas huertas del municipio, pero también del abasto de básicos, vital en una zona mal comunicada y donde casi no se produce maíz.[10]

El municipio de Chilapa, en la Zona Centro del estado, es escenario de una experiencia bastante difundida en los ochenta: el embarnecimiento de un Consejo Comunitario de Abasto, que diversifica sus actividades a la compra y distribución de fertilizante, y al mercadeo de artesanías, hasta transformarse en una organización multiactiva. La Zanzekan Tinemi, cuyo antecedente es la Unión de Pueblos de Chilapa, es una sociedad de solidaridad social y no una unión de ejidos, pues cuando se constituye esta última figura ya no tiene el favor gubernamental, pero el movimiento del que surge es análogo al que animan las uniones en otras zonas de Guerrero.[11]

* * *

Pese a que comparten formas de lucha, demandas económicas e interlocutores institucionales, salvo la Coordinadora Campesina de la Zona Norte, las demás organizaciones autónomas del agro guerrerense movilizadas desde principios de los ochenta, operan cada una por su lado. La constitución y reactivación de uniones de ejidos se había sustentado en la disposición campesina a "echarle montón" a sus problemas más urgentes, catalizada por un liderazgo natural heredero de la tradición regional de lucha, y encaminada por la visión e iniciativa de un puñado de jóvenes activistas, generalmente de origen guerrerense, con alguna formación política y profesional adquiridas fuera de la entidad.

Muchos de los cuadros —que desparramados por el estado operan como fermento organizativo— provienen de la Universidad Autónoma de Chapingo, y algunos militan en agrupamientos de izquierda con vocación nacional. Pero aunque comparten ciertas concepciones —proverbialmente la idea de que la organización popular debe construirse desde las bases— no se aglutinan en torno a un proyecto político unitario. Tampoco las coordinadoras campesinas nacionales, que se forman a fines de los setenta y principios de los ochenta, ayudan a la convergencia, pues mientras que las uniones de la zona norte se vinculan a la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA), las de la costa, entre otras, se acercan a la Unión Nacional de Organizaciones Regionales Autónomas (UNORCA).

Como es habitual en un país donde históricamente el Estado ha inducido la organización social, mucho de lo que comparten las uniones campesinas guerrerenses se origina en su común interlocución con las agencias gubernamentales, de las que proviene tanto el modelo organizativo como las líneas programáticas del llamado "desarrollo rural". Es, pues, paradójico, pero no sorprendente, que uno de los primeros acercamientos entre las uniones de ejidos autónomas de Guerrero haya tenido lugar en un encuentro nacional de organizaciones campesinas de segundo nivel del sur y sureste del país, organizado en Taxco, Guerrero, por la Secretaría de

Reforma Agraria (SRA), en noviembre de 1984. Esta reunión, a la que asisten delegados de Yucatán, Tabasco, Chiapas y Guerrero, entre otros, propicia el encuentro de los representantes de 12 uniones de ejidos de esta última entidad, quienes en pláticas paralelas a los trabajos formales, acuerdan encontrarse posteriormente en un espacio propio y sin la presencia del gobierno.

El primer diálogo independiente, se realiza el 22 de diciembre de ese mismo año en la sede de la Unión de Ejidos Valerio Trujano, en Tonalapa. Ahí se intercambian experiencias, se definen demandas comunes y se esbozan las vías de la convergencia. Entre 1985 y 1986, la Coordinadora de Uniones de Ejidos de Guerrero se reúne en siete ocasiones, ubicando en el acceso al fertilizante y en la comercialización de las cosechas, los ejes comunes de la lucha campesina estatal. Se identifican también demandas particulares de cada región y se acuerdan mecanismos solidarios para avanzar conjuntamente.

A la última sesión del cuarto encuentro de la Coordinadora, realizado el mes de abril en Río Santiago, municipio de Atoyac, se convoca a las instituciones gubernamentales del sector agrario, para presentarles un pliego petitorio común de 100 puntos.

La razón de ser de la convergencia es la gestión de las demandas campesinas con las agencias del Estado, y en torno a esto surgen también las primeras tensiones. Ya en el quinto encuentro, realizado en Chilpancingo, los delegados se recriminan mutuamente que cada unión va a lo suyo y antepone sus propios logros a la solidaridad. Actitud favorecida por los funcionarios públicos, quienes rehuyen las negociaciones colectivas en abono del cabildeo bilateral.

Contra lo que cabría esperar, a la hora de la verdad los agentes gubernamentales ponen la política al comando, subordinando su cometido institucional a los objetivos de legitimación y control social. En cambio las uniones de ejidos, que debieran guiarse por objetivos políticos e intereses de clase, anteponen a su consolidación como fuerza social con proyecto estratégico, los módicos logros inmediatos y particulares.

Las actitudes *pichicateras*, acicateadas por la política clientelar institucional y agudizadas por la reducción del gasto público, que empuja a las organizaciones a competir por migajas, desgastan y fracturan a la Coordinadora. Pero al término del sexenio de Cervantes Delgado, se cierne sobre los campesinos guerrerenses organizados la sombra del nuevo gobernador; un destacado miembro de la "generación del cambio" que a contrapelo de su imagen ilustrada y moderna, desde la campaña ha dado ominosas muestras de intemperancia.

Tardecito pero sin clemencia, llegan a Guerrero las políticas de ajuste, y Ruiz Massieu es el encargado de "reconvertir" el luido Estado social del "nacionalismo revolucionario" mexicano en un neoliberal Estado-*croupier* al servicio del mercado y sus grandes apostadores.

En diciembre de 1986, cuando se realiza el séptimo encuentro de la Coordinadora, es inminente la clausura de los espacios de concertación prevalecientes, y ante una amenaza de la que no escapa ningún agrupamiento autónomo, se reagrupan algunas uniones que se habían dispersado. Pero la diáspora ha desgastado el esquema organizativo nacido en 1984: se requiere una convergencia de nuevo tipo.

El 10 de Abril de 1987, la tradicional movilización por el aniversario del asesinato de Emiliano Zapata, culmina con un multitudinario encuentro en el que 5 000 campesinos provenientes de 27 organizaciones ubicadas en las diferentes regiones del estado, constituyen la Alianza de Organizaciones Campesinas Autónomas de Guerrero. El acto es el punto más alto del proceso de organización rural iniciado diez años antes y la exitosa culminación de un gobierno que, sin descobijar a las centrales corporativas, supo negociar con los agrupamientos independientes. La Alianza es heredera de las movilizaciones campesinas autónomas, pero también es hija de la "concertación" con el gobierno del estado, y en el momento de su fundación a la administración de Cervantes Delgado le quedan diez días de vida. El interminable sexenio de Ruiz Massieu será su prueba de fuego, pero ésta es otra historia.[12] ✲

Notas

1 Para una visión de conjunto del panorama rural guerrerense a principios del siglo XIX, véanse Moisés Santos y Jesús Álvarez, Historia de la cuestión agraria mexicana, estado de Guerrero, épocas prehispánica y colonial, UAG CEHAM, México, s.f.

2 El papel del caudillismo regionalista guerrerense en la Revolución puede leerse en Ian Jacobs, *La revolución mexicana en Guerrero, una revuelta de rancheros*, ERA, México, 1972.

3 La historia social y política de Guerrero durante el siglo XX

puede rastrearse en Jaime Salvador Adame et al., *Historia de la cuestión agraria mexicana, estado de Guerrero, 1867-1940*, Gobierno del Estado de Guerrero, UAG, CEHAM, México, 1987; Francisco Gomezjara, *Bonapartismo y lucha campesina en la Costa Grande de Guerrero*, Editorial Posada, México, 1979; Mario Gil, Los Escudero de Acapulco, *Historia mexicana* 10, octubre-diciembre 1953, México, p. 297 y ss; Alejandro Martínez Carbajal, Juan Escudero y Amadeo Vidales, *Revolución*, México, 1961; Crescencio Otero Galeana, *El movimiento agrario costeño y el líder agrarista profesor Valente de la Cruz*, edición del autor, México, 1979; Florencio Encarnación Ursúa, *Las luchas de los copreros guerrerenses*, Editora y distribuidora nacional de publicaciones, México, 1977. Una somera visión de conjunto puede encontrarse en Armando Bartra, *Guerrero bronco. Campesinos, ciudadanos y guerrilleros en la Costa Grande*, Sin Filtro, México, 1996.

4 Sobre la política agraria durante el gobierno de Luis Echeverría, véase Armando Bartra, Crisis agraria y movimiento campesino en los setentas, *Cuadernos Agrarios* 10-11, México, diciembre 1980.

5 Luis Suárez, *Lucio Cabañas, guerrillero sin esperanza*: 59-61, Editorial Roca, México, 1976.

6 Han reconstruido la historia Rosario Cobo y Lorena Paz Paredes en El curso de la organización cafetalera de la Costa Grande de Guerrero. Cafetaleros, la construcción de la autonomía, *Cuadernos Desarrollo de Base*, México, 1991.

7 La historia en Francisco Gomezjara, *Aceites, jabones y multinacionales*, Ediciones Nueva Sociología, México, 1978.

8 Véase la reseña de algunas luchas obreras y populares de las últimas décadas en Alva Teresa Estrada, *Guerrero: sociedad, economía, política, cultura*, UNAM, México, 1994.

9 Véase el ensayo ya citado de Rosario Cobo y Lorena Paz Paredes. Cuando no se señala origen, la información sobre el nacimiento y curso de las organizaciones rurales guerrerenses es de primera mano pues proviene de fuentes documentales y entrevistas realizadas por el autor.

10 Véase *Luz de la montaña, una historia viva*, de Renato Ravelo y José O. Ávila, UAG, INI, México, 1994.

11 Véase *Seguimos estando juntos, historia de la Sociedad de Solidaridad Social Zanzekan Tinemi de Chilapa, Guerrero (1980-1992)*, de Miguel Meza, Instituto Maya, México.

12 El presente artículo está formado con fragmentos del ensayo Sur profundo, de próxima publicación. Ahí la historia continúa hasta mediados de los noventa.

América Latina: realidad, virtualidad y utopía de la integración

Jaime PRECIADO CORONADO
Alberto ROCHA VALENCIA
(compiladores)

A U T O R E S

Thomas CALVO
Alberto ROCHA V.
Miguel ROJAS MIX
Jaime E. ESTAY R.
Socorro RAMÍREZ
Sergio de la PEÑA
Alain LIPIETZ
Federico MANCHÓN
Rodrigo MONTOYA

Jaime PRECIADO CORONADO
Lucas PACHECO PRADO
Jorge Abel ROSALES SALDAÑA
Alfredo GUERRA-BORGES
Lourdes María REGUEIRO BELLO
Alberto ROCHA VALENCIA
Aída LERMAN ALPERSTEIN
Sylvie DIDOU AUPETIT
José Gpe. VARGAS HERNÁNDEZ

U de G CEMCA UNAM U de C UAP UAM-X CEXECI